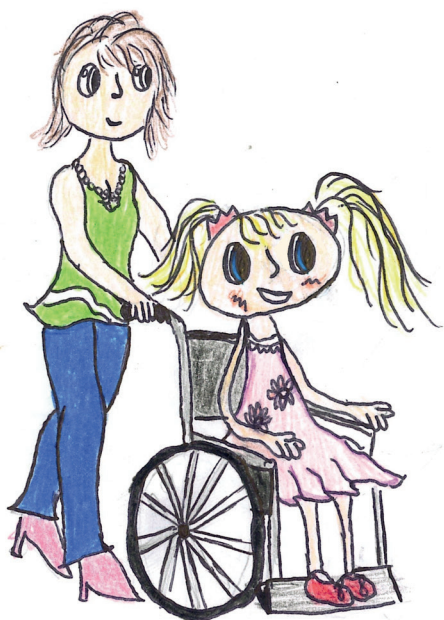


Rocío Molpeceres Olea



Rodando  
hacia la  
inclusión





# **Rodando hacia la inclusión**

*Rocío Molpeceres Olea*

Título original: *Rodando hacia la inclusión*  
Primera edición, 2019

© Rocío Molpeceres Olea  
<http://rociomolpeceres.blogspot.com/>

Ilustrador: Wladimiro Vega Gómez  
Instagram: @xadi\_master

ISBN papel: 978-84-18166-20-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Vivelibro agradece cualquier sugerencia por parte de sus lectores para mejorar sus publicaciones en la dirección [info@vivelibro.com](mailto:info@vivelibro.com)

Realizado en España (UE)  
Vivelibro® es una marca registrada por Zasbook, S. L.  
[www.vivelibro.com](http://www.vivelibro.com)

# PRESENTACIÓN

Mi sueño de escribir un libro acaba materializándose de la forma menos esperada. En concreto, lo hago realidad a través del blog; ese espacio de transmisión de una ideología y filosofía en primera persona. Además de artículos, que son la mayoría, descubrí que me gustaba escribir historias o cuentos para reflexionar. Fue escribiendo estos cuentos, sin ningún orden, dependiendo de la época que estuviese viviendo o de los temas sobre los que estuviese dando charlas. De repente un día, volviéndolos a leer, veo que todos juntos tienen aún más sentido. Eso sí, en un orden concreto.

Desde la educación hasta el empleo sin olvidarme de la sexualidad y teniendo muy claro que para luchar por los derechos tenemos que demostrar que podemos tener obligaciones, ya que es la única forma de empoderarnos. Ser protagonistas de nuestras propias vidas y parte fundamental de nuestra sociedad y no personas a las que hay que atender.

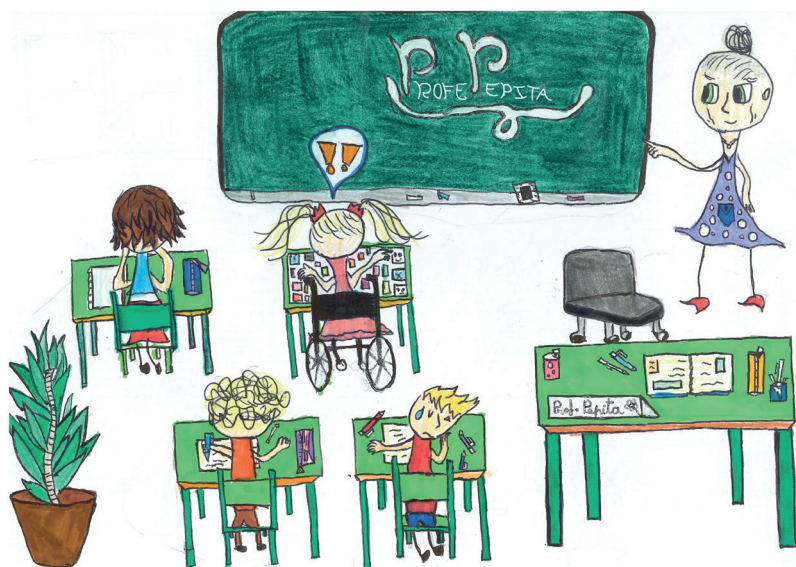
Como yo digo: ser realmente uno/a más con los apoyos necesarios; es decir, llegar realmente a ese cambio de paradigma del que tanto se habla actualmente, pero que todavía está un poco lejos. A ver si con pequeños gestos como la difusión de estos cuentos, en los que de alguna forma intento explicar a toda la sociedad y, sobre todo a las propias personas con discapacidad, como podemos hacer realidad este cambio.

Afortunadamente, tenemos tratados específicos que nos amparan: el más importante es la Convención de los Derechos de las Personas con Discapacidad, aprobada en el año 2006 por Naciones Unidas y a la que España se unió en 2008. Debemos conocerla para poder ejercer nuestros derechos y exigir a la justicia que nos defienda cuando estos se nos nieguen.

¿Rodamos juntos hacia la inclusión?



## SARA EN EL COLEGIO



Sara era una niña que comenzó a ir al colegio cuando tenía 6 años. Hasta entonces, sus padres, a pesar de haber luchado sin descanso, no encontraron un colegio adecuado para ella. Los especialistas que valoraron a Sara se empeñaban en que hiciera fisioterapia, logopedia y poco más.

Os preguntareis qué le pasaba a Sara. Pues Sara tenía Parálisis Cerebral, una discapacidad que no le permitía hablar ni caminar, pero os aseguro que sus ojos azules y despiertos lo decían todo, junto con algún sonido que otro que Sara emitía.

Cuando Sara llegó al cole por primera vez su profesora —Pepita— no sabía qué hacer con ella, aunque su madre Lupe le había explicado el día antes cómo entenderse con la niña. Era el primer día de clase y todos se presentaron diciendo su nombre por orden. Cuando ya todos se habían presentado, Sara pegó un grito



con el cual sus compañeros y hasta su profesora Pepita se asustaron, pero Pepita disimulando miró hacia Sara y dijo su nombre y ella respondió con una gran sonrisa.

Ese día ninguno de sus compañeros se acercó a Sara, ni siquiera en la hora del patio.

Los días iban pasando y Sara estaba cada vez peor. Quería seguir el ritmo de sus compañeros, pero no podía porque nadie le entendía cuando intentaba comunicarse.

Su madre Lupe le notaba triste y nerviosa e intentaban buscar soluciones a través de la Asociación a la que Sara acudía por las tardes. Hasta entonces, solo le llevaban a fisioterapia, ya que Lupe y su marido no veían la necesidad de acudir a logopedia porque ellos le entendían perfectamente tan solo con una mirada. Sin embargo, las cosas habían cambiado. Sara había empezado a ir al colegio y necesitaba comunicar sus necesidades y participar en clase y su madre no estaba allí para traducir sus gestos.

En ese momento, sus padres y ella misma vieron la necesidad de buscar un sistema de comunicación; fácil de entender para todo el mundo y con el que Sara pudiera expresarse. Por eso, una tarde en la Asociación cuando la fisio le preguntó ¿qué tal en el cole?, ella se puso nerviosa y miró a su madre para recordarle que tenía que ir a hablar con la logopeda.

Su madre captó la directa y, mientras Sara hacía fisioterapia, su madre fue a hablar con la logopeda y le contó los problemas que tenía Sara. La logopeda tranquilizó a Lupe diciéndole que buscarían una solución.

Al día siguiente, Sara fue más contenta a clase. Sabía que por la tarde comenzaría a trabajar con la logopeda y, además, ese día mientras estaba comiendo el bocadillo junto a la persona que le apoyaba durante el recreo, una compañera se acercó a ella y le dijo:

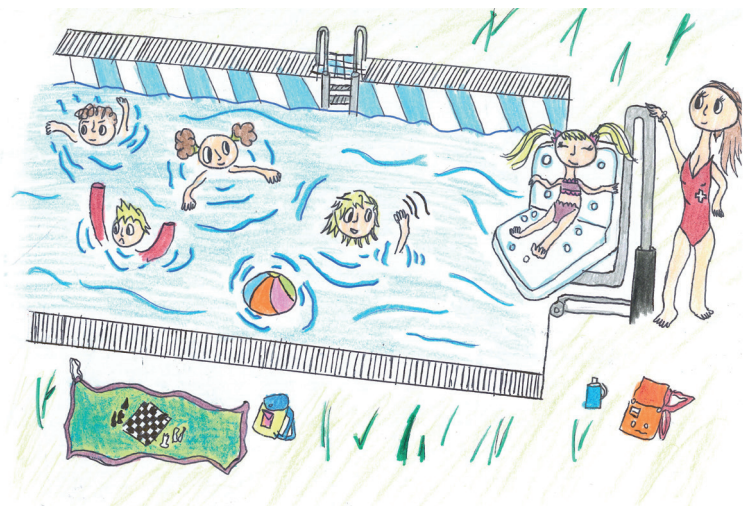
¿quieres dar un paseo conmigo? Sara sonrió y miró hacia arriba. Su nueva amiga se dio cuenta de que Sara estaba deseando pasear con ella. Las dos amigas pasaron sonriendo y hablando a su manera de sus juegos preferidos, canciones y muchas cosas más.

Por fin llegó la tarde, Sara fue con su madre a fisioterapia y después con la logopeda y empezaron a trabajar con un tablero de SPC: un tablero con sencillos dibujos que Sara fue memorizando bastante más rápido de lo que todos pensaban para luego señalar con su mirada.

A la semana siguiente, Sara fue a clase con su tablero de comunicación y le fue más fácil seguir la clase. Poco a poco fueron añadiendo letras y números al tablero de Sara y, a final de curso, ella sabía lo mismo que el resto de sus compañeros. Y, además, consiguió hacer un grupo de amigas siempre encabezado por Ana, la niña que paseaba con ella por el patio.

## **Artículo 24 de la Convención: Derecho a la Educación**

## SARA EN EL CAMPAMENTO



Estaban a punto de llegar las vacaciones de verano y Sara había oído hablar de un campamento en su Asociación. A pesar de que nunca se había separado de sus padres, le gustaba la idea de irse quince días a un campamento. Y, además se lo podía decir a sus amigas del colegio, ya que el campamento era de integración; es decir, podían ir niños con y sin discapacidad.

La idea sonaba bien, pero a la vez a Sara le daba miedo pensar en que no le entendieran o no supieran moverla, pero no podía decirlo. Sabía que tenía que convencer a sus padres.

Un día cuando Lupe vino de la compra, trajo una carta de la mano, ¿qué es eso, mamá?

—dijo Sara a través de su tablero de comunicación.

Es una carta de la Asociación —respondió Lupe— que informa sobre un campamento de verano. Sara le cuenta a su madre que, el otro día cuando estuvo en logopedia, oyó hablar de ello y que le gustaría ir.

Lupe le dijo: ya veremos, tenemos que decírselo a papa e infórmanos bien de quién os va a cuidar.

Después de contárselo a su marido y cuando ambos comprobaron lo ilusionada que estaba Sara con la idea, Lupe fue a hablar con la persona encargada del campamento.

Silvia le contó que iban con gente preparada y que conocían la discapacidad y además le animó a que se lo dijera a las madres de las amigas de Sara, ya que lo que pretendían era fomentar la integración.

Por fin, Lupe decidió apuntar a Sara al campamento. Cuando se lo contó, ella sonrió emocionada; pero todavía se puso más contenta cuando al día siguiente en el recreo se lo contó a sus amigas y ellas le dijeron que sus madres les habían dicho que sí.

Las amigas de Sara se alegraron al saber que iban a ir todas juntas de campamento y ya habían empezado a pensar en lo bien que lo pasarían las cuatro juntas. De hecho, les dieron las vacaciones en el colegio, pero al mes siguiente se volverían a ver en el ansiado campamento.

La noche anterior al viaje ninguna de las cuatro niñas durmió de lo nerviosas que estaban, pero todas estuvieron puntuales para coger el autocar. Por supuesto, el autocar estaba adaptado con una rampa para que Sara y otras niñas y niños como ella pudieran subir.

Después de un viaje sin dejar de cantar y gritar por fin llegaron a un sitio maravilloso y totalmente adaptado: «El bosque de los sueños».

Lo primero que hicieron fue ir cada grupo a la cabaña donde les había tocado, acompañados de sus monitores. Por suerte, a Sara y sus amigas las había tocado juntas.

El primer juego que hicieron fue para presentarse y consistió en ponerse por parejas, decir el nombre y la ciudad de dónde venían. Sara coincidió con una niña que venía de Soria, como ella, y además también fue con una amiga con discapacidad, pero su amiga tenía espina bífida. Cuando vio que Sara no podía hablar se asustó un poco, pero ella se lo puso muy fácil regalándole una de sus bonitas sonrisas y pidiéndole a su monitora su tablero de comunicación. Al poco tiempo ya se entendían perfectamente.

A la mañana siguiente fueron a la piscina y todos los niños y las niñas pudieron bañarse, ya que la piscina tenía una silla que bajaba hasta el agua con tan solo darle a un botón. Sara, con la ayuda de su monitora, disfrutó de la piscina junto a sus amigas, y las dos nuevas amigas que había hecho allí.

Por las noches, solía haber karaoke donde cada uno cantaba y bailaba a su manera, incluso Sara bailaba con ayuda de sus amigas y chillaba intentando tararear la canción.

El último día, todas decidieron hacer una pulsera de la amistad que les recordara los buenos momentos vividos en el campamento.

### **Artículo 30 de la Convención: Derecho a la participación en la cultura, el ocio y el deporte**

## MIEDOS Y LIBERTAD



Ana era una chica de 26 años con parálisis cerebral a la que le encantaba asistir a talleres y conferencias. Si iba a la asociación su madre no ponía pegas porque sabía que estaba bien atendida, pero la cosa cambiaba cuando Ana quería quedar con sus amigas del curso online de escritura. Entonces su madre ponía mil excusas para que Ana no quedase con ellas.

En esos momentos, tenían incluso acaloradas discusiones donde Petra le decía a Ana: «¿Y si no saben manejar tu silla? ¿Y si no saben darte de beber?» Ana decía: «Siempre estas igual, mamá». Petra le respondía: «Encima de que lo hago por tu bien» y Ana pensaba: «Por mi bien o por tu tranquilidad», pero no se le ocurría decir eso, sobre todo, por no fomentar la discusión.

Cuando Ana se va con sus amigas, Petra y Juan se quedaron solos. Y entonces comentaron la situación. Juan le dijo a Petra: «Siempre estáis igual ¡No ves cómo disfruta! Pues deberíamos apoyarla más y dejarla que hiciese su vida, aunque necesite apoyos. A mí también me da miedo, pero yo creo que ella es consciente de sus propias limitaciones y quiere vivir como una más». Petra le dijo: «Si le pasa algo me muero». Y Juan le replicó: «Te he dicho que a mí también me da miedo, pero debemos confiar en ella».

Ana les contó a sus amigas la situación con lágrimas en los ojos y su mejor amiga, Sofía, después de darle un largo abrazo, le dijo: «Te entiendo perfectamente, pero debes ponerte en su lugar y darles tiempo. Eso sí, sin dejar de ser tu misma. Igual debes intentar comunicarte con ella sin discutir». Ana le respondió: «¿Y quién se pone en el mío?» Después de esta fría respuesta, Ana le dijo: «Perdona, sé que eres quien más me apoya, pero necesitaba desahogarme».

Cuando Ana llegó a casa con su amiga llevaba una gran sonrisa, pero cuando su madre le preguntó cómo lo había pasado, ella le respondió con un simple bien y pensó: «¡Qué más le dará a ella que solo quiere tenerme en casa o con la gente que a ella le conviene!».

Al día siguiente, Ana fue a la Asociación a un taller de comunicación asertiva donde aprendió pautas para comunicarse de otra manera con su madre: no levantar la voz, no anticiparse a sus reacciones y, sobre todo, agradecerle que se preocupase por ella mientras le pide que le deje hacer ciertas cosas y le explica cómo se siente cuando dice frases: «Encima de que lo hago por tu bien». Aunque a Ana al principio le costaba un montón poner en práctica estos consejos y sentía coartada su libertad, poco a poco vio como la relación con su madre fue cambiando para mejor.

### **Artículo 12 de la Convención: Igualdad ante la Ley**

## TIENES DERECHO A SER Y NO SOLO A ESTAR



Ana seguía yendo a la Asociación cada vez que había una charla interesante, aunque cuando más disfrutaba era con sus amigas del taller de escritura, ya que era con ellas con quien compartía sueños e inquietudes. Pero a la vez, Ana era consciente de que sus limitaciones físicas no le permitían hacer ciertas actividades en las mismas condiciones que ellas, sobre todo, a la hora de exponer sus propias ideas sobre cualquier tema o tener que decir que no a alguien a pesar de tener sus ideas muy claras. Unas veces por no discutir con su familia y otras por miedo a perder a sus amigas. Ana había muchas veces que daba sus

opiniones a medias, incluso, a veces, se preguntaba si ella, que necesitaba ayuda de todos, tenía derecho a decidir.

Mientras toda esta vorágine de pensamientos pasaba por la cabeza de Ana, una tarde, cuando fue a la Asociación, le dijeron que al día siguiente iban a ir de otra Asociación a dar una charla sobre el modelo de vida independiente y que, como sabían que ella siempre pelea porque sus decisiones sean respetadas, había sido seleccionada para asistir a esa charla. Ana, aunque no sabía muy bien en qué iba a consistir la charla, el título la llamó la atención: «Tienes derecho a ser y no solo a estar».

La tarde de la charla, Ana oye hablar de cosas que en su Asociación ya se habían comentado como: autoestima y empoderamiento. Después de una enriquecedora tarde para Ana, se da cuenta de que sus ideas no son tan descabelladas ni es tan «rebelde» como la gente le hacía creer a veces. Y es que, a las mujeres como Ana; una mujer con parálisis cerebral que quiere tomar las riendas de su vida, a veces, se les percibía así. Como decía Ana: «siempre llevo la maldita etiqueta y, por regla general, la gente no está acostumbrada a que exija mis derechos, pero de lo que no se dan cuenta es de que te acabas hartando de tener que estar agradeciendo siempre a todo el mundo su ayuda».

Cuando llegó a casa, Ana le contó a su madre que le había gustado mucho la charla y que le habían ofrecido hacer un curso sobre vida independiente para luego poder entrar en un proyecto piloto en el que durante tres meses iba a poder tener una asistente personal; es decir, una persona que solamente fuera sus manos y sus pies, pero que no interfiriera en sus decisiones. A lo cual su madre le responde: «Bueno, a lo mejor te das cuenta de que no eres capaz de decidir». Pero Ana estaba tan contenta que en lugar de excitarse le dijo: «Bueno, ya veremos».

Cuando acabó el curso y con las ideas más claras o, mejor dicho, sabiendo que tenía razón en su forma de pensar, Ana vio cómo su sueño se hacía realidad. Empezó a dar más charlas, incluso fuera de su ciudad, ya que no tenía que depender de nadie; empezó a gustarle más elegir su ropa y su maquillaje. Y con todo ello, su autoestima mejoró y la relación con su entorno también, ya que empezaron a confiar más en ella.

Se dio cuenta de que, aunque la asistencia personal era la mejor herramienta para empoderarse, lo que tenía que conseguir era que sus decisiones fuesen respetadas y participar en proyectos como gestora. Entonces empezó a colaborar con su Asociación preparando algún taller, aunque al principio a los profesionales les costaba ver a Ana indicando a su lado a su asistente personal lo que tenía que hacer en cada momento.

También desde la Asociación donde le daban el servicio de asistencia personal le invitaban a dar charlas sobre su experiencia con la asistencia. Y todo esto cada vez le hizo coger más confianza en ella misma; una realidad personal que transmitía a su familia, quienes, poco a poco, se fueron dando cuenta de que Ana era capaz de decidir.

Con todo esto, Ana se fue convirtiendo en la mujer que siempre había querido ser.

**Una historia dedicada a predif CyL. Por hacerlas realidad**

**Artículo 19 de la Convención: Derecho a vivir de forma independiente y a ser incluido en la comunidad**



# UN TRABAJO EN EL QUE DESARROLLE TODO MI POTENCIAL



Después de ver que podía dar talleres y charlas, Ana se plantea buscar trabajo, pero ¿cuál es su puesto de trabajo ideal? Aunque sí es verdad que gracias a la asistencia personal Ana podía desplazarse a cualquier sitio para dar sus charlas y a ella eso le encantaba, cuando le tocaba preparar las charlas o alguna dinámica para los talleres se dio cuenta que prefería estar en su habitación, ya que allí lo tenía todo adaptado, podía hacer las cosas a su ritmo y era una de las pocas cosas que podía hacer de forma autónoma. Después de todas estas reflexiones, Ana se acerca un día al servicio de orientación laboral de su Asociación para contarle sus ideas y pedirle consejo. La cara del orientador era un poema cuando vio entrar a Ana por la puerta, pero disimuló, recibéndola con una gran sonrisa. Cuando Ana le contó que llevaba un tiempo dando talleres y charlas en varias asociaciones, él le respondió: «Bueno, pues así estás entretenida». Aunque esto a Ana le molestó, controló su enfado y siguió diciendo: «He pensado en formarme en redes sociales porque creo que es una buena oportunidad de empleo para mí y donde podría desarrollar todo mi potencial desde casa». A lo que el orientador responde: «Pero si tú lo que tienes que

hacer es salir y relacionarte». Y Ana, intentando controlar su ira, responde: «Yo ya tengo mis amigas, ahora lo que necesito es pertenecer a proyectos para crecer como persona y ganar dinero que complementen mi pequeña pensión; entonces podré salir más». «De momento apúntate a un curso que vamos a impartir aquí sobre redes sociales y blogs, en el que luego haréis prácticas en alguna empresa», le sugiere finalmente el orientador.

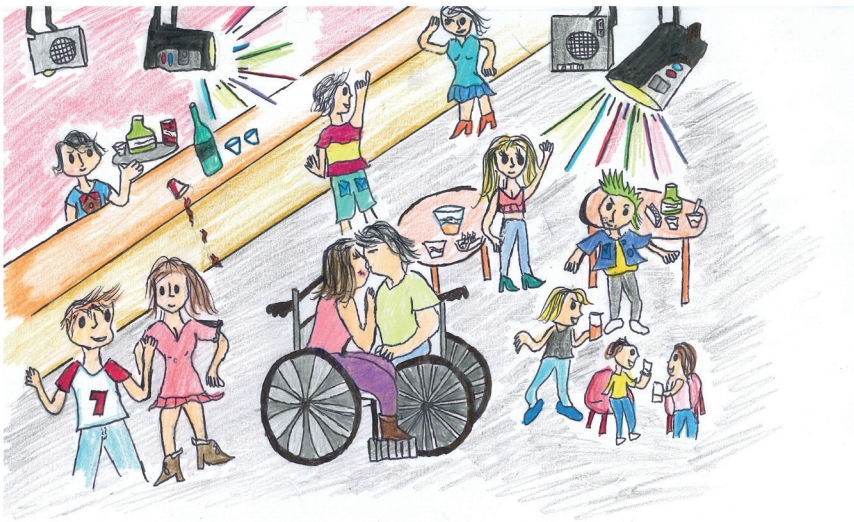
Durante el curso Ana aprendió muchísimo y le mandaron a hacer prácticas a una empresa donde estuvo fenomenal. Descubrió el mundo laboral e incluso llegó a ser una más entre sus compañeros y compañeras. Desde la asociación le pusieron una persona que la apoyaba en las tareas que ella no podía realizar o, más bien, los días que su espasticidad no le permitía escribir esa persona lo hacía por ella. Aunque se supone que solo debía escribir lo que ella decía, más de una vez era la persona de apoyo escribiendo lo que le venía en gana. Además, a Ana la ponía nerviosa tener a una persona pendiente de ella todo el tiempo. Cuando acabó las prácticas, Ana decide abrir su propio blog sobre discapacidad y empieza a compartir noticias sobre el tema en las redes sociales, sin dejar en ningún momento de impartir talleres y charlas de forma voluntaria.

Un día llega una profesional que descubre todo el potencial de Ana y, hablando con el resto de compañeras, hacen realidad el sueño de Ana: un contrato de trabajo en el que el trabajo de oficina lo hacía desde casa, pero cuando había reuniones o alguna actividad a la que asistir, Ana seguía yendo acompañada de su asistente personal.

### **A Ángeles Blanco, por ser una convencida de la inserción laboral de todas las personas con discapacidad**

#### **Artículo 27 de la Convención: Trabajo y Empleo**

## UNA NOCHE DIFERENTE



Como cualquier sábado por la noche Ana salió con su grupo de amigas a tomar una copa, lo que no imaginaba es que esa noche iba a ser diferente.

Hacia algún tiempo que les había contado que estaba chateando con un compañero de trabajo, que en ese momento vivía en Madrid y que también tenía diversidad funcional. Por supuesto, su primera pregunta fue que si el chico la gustaba. Con una gran sonrisa respondió que sí. Ellas dijeron que un fin de semana que viniese podrían quedar con él y sus amigos y a Ana, aunque sabía que se iba a morir de vergüenza, la pareció buena idea.

Lo que no se imaginaba era que una hora después iba estar allí. Y pasó lo que imaginaba, no sabía qué hacer, qué decir y era incapaz de seguir una conversación. Pero no podía desaprovechar la oportunidad de decirle lo que sentía: no iba a perder la oportunidad de nuevo. Así que sentada en la barra del bar, con su blusa rosa de encaje y una mirada pícaro, no hicieron falta palabras:

él se acercó a ella. Al principio, un simple «cómo va todo», pero después de unas cuantas copas todo cambió: «¡qué sonrisa más bonita tienes!, nunca te lo había dicho». Después de esas palabras, él intenta meter su mano por debajo de la blusa de Ana mientras ambos intentaban unir sus bocas para darse un largo beso. Al ver que solos no podían pidieron ayuda a una de las amigas de Ana. Ella metió su mano por debajo de su blusa y echó sus cabezas hacía delante. Por fin, se pudieron dar ese largo beso que tanto deseaban. Mientras tanto él tocaba su piel por debajo de la ropa y a ella le entraban escalofríos por el cuerpo. Era tan excitante que hasta sus reposacabezas desaparecieron para poder besar y soplar sus cuellos, ya que es una de las zonas donde más sensibilidad tenían ambos.

### **Artículo 22 de la Convención: Derecho a la Privacidad**



